

OXEN

LOS IMPERDIBLES

JENS HENRIK JENSEN

OXEN

EL HOMBRE OSCURO

Traducción de Beatriz Galán Echevarría



DUOMO EDICIONES
Barcelona, 2019

1

La rata estaba sentada sobre el borde de la luna, gorda y satisfecha. Su silueta se recortaba, afilada, frente al pálido disco del cielo.

Los enormes pinos de Oregón y los innumerables abetos dispuestos en filas, complementados al este por algunos alerces a los que el invierno había robado sus hojas, formaban un telón de fondo oscuro e irregular y enmarcaban el escenario en el que se hallaba la rata.

Inmóvil allí arriba, parecía un gran mogol, disfrutando de su imperio bajo el firmamento, sin dignarse a mirar siquiera a la desgraciada criatura que yacía a sus pies.

Sus ojos se abrieron a regañadientes. Se sentía más allá del tiempo y del espacio. Su capacidad para despertarse completamente en cuestión de segundos, esa extraordinaria tabla de salvación pulida durante los muchos años que pasó en regiones peligrosas, había mermado.

Se quedó quieto hasta que sus sentidos absorbieron la oscuridad, y después alzó los ojos y la vio: una rata.

Se movió imperceptiblemente, pero no pudo evitar que la paja crujiera, y entonces la bestia abandonó su soberbia postura y se alejó de allí con ostentosa lentitud, dando pa-

sitos muy cortos sobre la barra del gallinero, hasta desaparecer.

El escenario estaba bañado por una luz plateada, y había estanques y fuentes hasta donde alcanzaba la vista. Era como hallarse de vuelta en el castillo de Peterhof. Algo insólito, en realidad...

Los párpados le pesaban y volvieron a cerrársele.

De algún lugar recóndito del subconsciente le llegó el olor a jazmines en flor y a sexo matutino.

El castillo de Peterhof, el Versalles ruso de San Petersburgo. Agosto. Aún podía sentir la risueña risa de ella y los anillos brillando en sus dedos. Ninguno de los dos se había acostumbrado aún a llevarlos. Birgitte, con un vestido de algodón fino, iluminada por la luz del golfo de Finlandia. «Hasta que la muerte os separe».

Abrió los ojos y se apoyó en los codos.

Ahí afuera había un canal que atravesaba el terreno, ciertamente, y algunos estanques y fuentes tiñendo el paisaje con su plata reluciente, pero...

Se dejó caer de nuevo en la paja, con pesadez. Un leve olor a estiércol se abrió paso hasta su nariz.

¿Acaso las fuentes no deberían ser doradas? Ningún zar se conformaría con la plata.

Se incorporó y volvió a la realidad. En la pared faltaban varios tablones de madera, y un viento helado atravesaba el establo. Estiró la capucha del saco de dormir y la apretó con fuerza en torno a su cabeza. Hacía un frío de mil demonios –no más de cero grados, seguro–; claro que, al menos, el frío bloqueaba el hedor.

Frente a los arbustos que quedaban a la derecha del canal pudo distinguir un pequeño rebaño de ovejas que eran, sin duda, las que habían ensuciado el cobertizo. Fuera como fuese, su montón de paja estaba seco y resultaba cómodo.

Había dormido en camas peores –mucho peores– y más peligrosas.

Unos pocos cientos de metros a su izquierda había una casita de paredes blancas. Se veía luz en las ventanas: la única señal de vida en su interior.

San Petersburgo pertenecía, indiscutiblemente, al pasado.

Recorrió de nuevo el paisaje con la mirada, y ahora, a la luz de la consciencia, lo descubrió yermo ante él. La piscicultura en la pequeña hondonada y su refugio bajo el techo de hojalata eran el presente. Lo constató sin dolor, sin reflexiones añadidas, como una simple afirmación: se hallaba en el centro de Jutlandia, en algún lugar entre Brande y Sønder Felding; aquel canal no conducía al golfo de Finlandia, sino al río Skjern, y las fuentes no rociaban el aire de plata, sino de agua filtrada para las truchas.

La noche anterior la pasó en un cobertizo en Nørre Snede, y solo los dioses sabían dónde dormiría la de después.

Justo en aquel momento recordó otro detalle: aquella noche no era como las demás; aquella noche traía consigo un cambio, y se convertía en el mejor momento para revisar la propia vida y hacer recuento. La reina, los ministros... todos iban a hacer lo propio, y a él mismo lo atravesó también la idea, como un proyectil.

Era Fin de Año.

Apretó el botón de su reloj de pulsera. Las 23:57 h. Podría haber entrado en el Año Nuevo durmiendo y no habría pasado absolutamente nada, pero ahora ya estaba despierto y no iba a volver a dormirse. En tres minutos, el reloj del ayuntamiento de Copenhague empezaría a sonar. Miró a su alrededor una vez más. El silencio era tan imponente que hasta podía oír si una de las ovejas perdía un mechón de lana.

Un animal grande se deslizó en la oscuridad, justo frente al establo, y un búho voló hacia el año nuevo. Pronto se deten-

dría en una rama y regurgitaría el contenido de su estómago, como harían tantos otros esa misma noche.

En pocos minutos, el coro de chicas de Radio Danmark cantaría en televisión. Vino espumoso, copas tintineantes y tartas de Año Nuevo. Hombres borrachos, fuegos artificiales y poca mecha restante para las primeras horas de la mañana. Ya había pasado por eso otras veces. Demasiadas veces.

Las 00:00 h. Desde las granjas vecinas se lanzaron ráfagas de fuegos artificiales que iluminaron el cielo formando nubes de oro y plata, mientras unos cuantos petardos resonaban en el aire. Odiaba la pirotecnia.

Se quedó ligeramente sorprendido al constatar que nadie salía de la casita blanca. Que nadie quería lanzar petardos. ¿Quizá fuera porque el propietario de la piscifactoría prefería quedarse frente al calor del hogar? Tal vez ahora mismo estuviera tomando la mano de su familia, a punto de entrar en el Año Nuevo.

Se dejó caer sobre la paja, boca arriba, y cerró los ojos.

La luna quedaba parcialmente oculta tras unas nubes, y, por tanto, la oscuridad resultaba mucho más compacta que a medianoche. Ese fue el primer pensamiento que tuvo cuando volvió en sí y abrió los ojos. Esta vez sí se despertó de inmediato. No había dormido bien, sino que había tenido un sueño inquieto, superficial, atormentado por viejos fantasmas.

Apretó de nuevo el botón de su reloj de pulsera, instintivamente. Eran las 02:43 h. No habían pasado ni tres horas.

En aquel momento se dio cuenta de que un motor se detenía y unos faros se apagaban junto a los abetos. Debía de haber sido el ruido del coche lo que lo había despertado. Pero ¿quién llegaría a esas horas de la madrugada? Era obvio que el piscicultor hacía horas que se había retirado a dormir, pues todas las ventanas de la casa estaban a oscuras.

Se quedó muy quieto, agazapado, escuchando. La rata había regresado al palo del gallinero, pero esta vez no era más que una sombra difusa. Dos de las puertas del coche se cerraron silenciosamente, y pudo oír unos pasos sordos en la grava, tras el cobertizo.

La rata se alejó de allí a toda prisa, atemorizada. Él se incorporó y miró hacia el lugar en el que había oído los pasos, con el corazón latiéndole a toda velocidad.

A su izquierda vio aparecer dos figuras oscuras que se acercaban lentamente a la casa. El único punto de luz de aquel lugar era un tubo fluorescente que colgaba de un poste de teléfono, a media altura.

La nube que estaba frente a la luna se apartó ligeramente, y pudo ver a dos hombres. Uno era grande y alto; el otro, más bajo y robusto. Avanzaban con la cautela propia de quien no conoce el lugar.

Recorrieron con sumo cuidado los últimos metros hasta la casa, y uno de ellos asió el pomo de la puerta mientras el otro miraba por la ventana que quedaba junto a la entrada. Poco después se oyó un chasquido: obviamente, habían roto el cristal. El alto ayudó al otro a colarse en la casa por la ventana abierta. Al cabo de un rato, la puerta principal se abrió y ambos desaparecieron en el interior.

Oxen lanzó un improperio. Por una fracción de segundo lamentó no estar realmente en la celebración de Año Nuevo de la Rådhuspladsen, en Copenhague.

Se hallaba en una situación francamente incómoda, por no decir jodidamente delicada, teniendo en cuenta que lo único que quería era ser invisible.

Abrió la cremallera del saco de dormir, salió a la paja y se levantó lentamente, sin dejar de mirar a la casa. Pudo reconocer un tenue resplandor tras las ventanas, que probablemente correspondiera a las linternas de los ladrones.

Vaciló. Si se quedaba quieto donde estaba, aquella situación amenazadora se resolvería por sí misma. Los dos hombres encontrarían algo que robar y luego se retirarían en silencio, volverían al coche y desaparecerían con su botín.

Sería como si nada hubiera sucedido: él seguiría siendo invisible. Antes del amanecer volvería a estar de camino, con su mochila a la espalda, y nadie en todo el planeta habría sabido nunca que había dormido allí, sobre la paja.

Pero... ¿el coche? ¿Debería...? Rodeó el establo, agazapado, hasta el pequeño vehículo negro. Un viejo Fiat Ducato. En la matrícula ponía «RO», de modo que los dos hombres eran rumanos. No serían los primeros ladrones de Europa del Este según las estadísticas, y ciertamente tampoco los últimos. De hecho, solía suceder que los robos de esta gente acababan tiñéndose de violencia y, en ocasiones, incluso de muerte. Cómo olvidarlo. Esperaba que en aquella ocasión no...

Se detuvo y trató de pensar en otra cosa. Por supuesto, no iba a pasar nada. Los rumanos cogerían el televisor de pantalla plana, buscarían algunos objetos de valor, y, en cuanto hubiesen acabado, saldrían de la casa y se marcharían a toda velocidad.

De modo que él haría lo mismo. No esperaría, sino que cogería su bolsa y se alejaría de allí, avanzando en la Nochevieja.

Justo cuando estaba a punto de volver al establo para enrollar su saco de dormir, vio que se encendía una luz en la casa. Minutos después oyó unas voces, y, al fin, un grito.

Sin pensárselo dos veces salió disparado hacia allí y en pocos segundos se plantó en la casa. Miró por la ventana y vio a un anciano de cabello canoso arrodillado en el suelo, en pijama, cubriéndose la cara con los brazos a modo de protección. Reconoció también una figura negra que estaba de pie, de espaldas a él, con una vara de metal en la mano y el brazo alzado para golpear con ella al granjero.

Abrió la puerta de golpe y en un par de zancadas se plantó en mitad de la sala, gritando. El más bajo de los dos hombres se quedó petrificado, con el brazo aún en alto. El otro permaneció inmóvil junto a un sillón volcado.

Aunque la sorpresa podía verse escrita en sus rostros, ambos lograron mantener la compostura y se volvieron hacia Oxen dispuestos a doblegarlo a él también. El más bajo profirió una orden, contundente, y dio un paso adelante. Era muy robusto y parecía más que dispuesto a usar reiteradamente su vara de metal.

Lo que sucedió a partir de aquel momento no fue más que puro instinto. Años y años de entrenamiento, y la experiencia de una despiadada realidad: la facilidad para evaluar riesgos, o, sencillamente, la capacidad de hacerse rápidamente una idea general, reconocer dónde se hallaba el principal peligro y proceder a eliminarlo sin vacilar.

Esquivó el primer y brutal golpe del metal, cayó de rodillas, y desde allí atestó al rumano una certera patada circular a la altura de las piernas. Antes incluso de que su oponente tocara el suelo al caer, Oxen había asido la vara con firmeza, se la había arrebatado de las manos y le había golpeado en la rótula con ella.

Mientras un ensordecedor alarido de dolor resonaba en la pequeña sala de estar, Oxen se enderezó de nuevo, justo a tiempo de evitar el ataque del tipo más alto, que se abalanzó hacia él como un toro, con la cabeza inclinada. Con un gesto rapidísimo se hizo a un lado, puso una mano en la nuca del hombre, e hizo que la cabeza de este se incrustara en la pared al tiempo que él le hundía la rodilla en el estómago. Después de aquello, el rumano cayó derrumbado.

El tipo pequeño y robusto seguía gimiendo en el suelo, sujetándose la rodilla destrozada con las manos, y el alto estaba sencillamente aniquilado, con la vista borrosa y respirando con suma dificultad.

Solo entonces Oxen pudo prestar algo de atención al anciano: aún estaba de rodillas en el suelo y tenía un hilillo de sangre saliéndole por la comisura de los labios; tenía también un corte en la frente y se sujetaba el hombro izquierdo como si le doliera mucho. Sin decir palabra, Oxen lo arrastró hasta una esquina, lejos del campo de batalla.

Luego volvió al lugar en el que se hallaba el más alto, todavía sin aliento, y rebuscó en sus bolsillos. Descubrió un pasaporte en un bolsillo con cremallera. Repitió la misma operación con el otro tipo. Aunque el dolor que sentía le imposibilitaba seguramente cualquier movimiento, Oxen prefirió asegurarse y presionó con su mano izquierda el cuello del hombre mientras lo cacheaba con la derecha. No tardó mucho en encontrar un segundo pasaporte, en el bolsillo interior de su chaqueta de cuero.

Miró los dos documentos y se los guardó en el bolsillo.

Sorprendentemente, el alto logró ponerse de pie. La sangre le corría por la cara, bajándole desde la cabeza, que se había abierto al chocar contra la pared. Le costaba respirar, pero parecía capaz de controlar su cuerpo.

Oxen clavó los ojos en él, y sin decir una sola palabra le señaló al tipo que estaba en el suelo y le dio a entender que debía ocuparse de su amigo y desaparecer. En el más absoluto silencio, se quedó en medio de la habitación observando la retirada de los ladrones heridos.

El tipo tardó varios minutos en conseguir que su amigo se levantara, y ambos se alejaron de allí, cojeando hasta su coche en la oscuridad.

Oxen se quedó de pie en la puerta y los vio desaparecer. Al cabo de un rato oyó el motor del vehículo y pudo ver las luces de los faros. El coche pasó por detrás del cobertizo y luego se alejó por el camino de tierra.

En aquel instante, Oxen sintió una mano en su hombro y

se dio la vuelta. Era el anciano, que había logrado ponerse de pie. El hombre, en pijama, le dedicó una amplia sonrisa y le dijo:

–Gracias, amigo mío. No tengo idea de quién eres ni de dónde demonios has salido, pero me has salvado la vida. ¡Gracias!

El anciano le tendió la mano. Oxen se la estrechó, asintió brevemente y sonrió. Seguía sin abrir la boca. Había ido a parar exactamente al tipo de situación que habría deseado evitar a toda costa.

–Entra, entra. –El anciano le tiró del brazo–. Siéntate, ¿puedo ofrecerte algo? Al fin y al cabo, es Nochevieja. ¿Quieres una cerveza? Una cerveza siempre pasa bien, ¿no? Espera un momento.

Y dicho aquello, desapareció en lo que debía de ser la cocina. Oxen volvió a mirar los dos pasaportes y luego se los guardó rápidamente en el bolsillo. Pudo oír la puerta de la nevera abrirse y el sonido del agua salir del grifo. Después, el anciano volvió. Se había lavado la sangre de la cara y venía con dos botellines de cerveza que dejó sobre una mesita, junto al sofá.

–Me llamo Johannes, por cierto, pero puedes llamarme Fisk. Sí, pescado. Todo el mundo me llama así.

El anciano señaló con la cabeza hacia los tanques que quedaban frente a la casa y le tendió la mano por segunda vez.

–Y ahora dime qué es lo que acaba de pasar. ¿Cómo te llamas? ¿Quién eres?

El viejo pescador lo miró atentamente y le acercó la cerveza.

Oxen se encogió de hombros y extendió sus manos, como disculpándose.

–*Sorry, I don't... Dragos... My name is Dragos. Adrian Dragos.*

–*Oh, yes, from where?*

Notó una especie de alivio en las palabras del anciano. Tal vez porque así podía justificar su –de otro modo inquietante– silencio.

–Romania. I am from Romania.

–Thank you very much –respondió Fisk, con un marcado acento danés.

Luego el anciano levantó la botella, sonrió ampliamente y mostró una hilera de dientes amarillos.

–And a happy new year, Mr. Dragos.

2

Sacaron el barco, blanco y lleno de flores, para lanzarlo al agua. Era un precioso día de verano; desde el mar llegaba una suave brisa y el cielo parecía libre de preocupaciones.

El capitán salvaría el breve tramo hasta la esclusa de Hvide Sande bordeando la orilla del fiordo, y desde allí encargaría la embarcación hacia el mar del Norte y la perdería en el océano infinito.

Ella provenía de una familia de pescadores de Yborøn. Tal vez por eso le gustaba tanto imaginar que los ataúdes tenían forma de barco y que la muerte era un viaje a lo desconocido.

El tiempo que llevaba en la residencia del fiordo de Anker había transcurrido a toda velocidad. Habían pasado ya tres años desde el día en que se presentó allí para pedir trabajo, atraída por un documental que había visto en televisión; uno en el que un equipo de profesionales acompañaba a dos hombres durante sus últimos meses de vida. Habían pasado ya tres años, sí, y muchos barcos habían zarpado desde el puerto de la vida. Su trabajo diario con los moribundos estaba marcado por un profundo respeto a la existencia; a las millas marítimas recorridas. En su opinión, no había en el mundo

ocupación más significativa que la de ayudar a alguien a hacer más soportable su tránsito hacia la muerte.

Mira, llega a la tierra, desde el mar, el sol naciente,
envolviendo cielo y olas con un manto resplandeciente.
Y cuando la luz, silenciosa, vence a la oscuridad,
la costa se regocija y canta de felicidad.

Por supuesto, la canción se la había inventado el propio difunto, Vitus Sander, quien quería ponerse rumbo al sol. Ella no pudo evitar sonreír, pues los señores Sander habían llamado así a su hijo en honor a Vitus Bering, el danés que había puesto su nombre al estrecho que quedaba entre Siberia y Alaska.

Vitus Sander, el fallecido, había sido propietario de una próspera compañía electrónica. Un hombre eminentemente débil que, no obstante, en sus últimos días había experimentado un cambio significativo: avanzaba más erguido que nunca, y había mostrado también más determinación.

Tenía solo sesenta y siete años. Había nacido en Hjørring pero había pasado la mayor parte de su vida en Copenhague, donde erigió la oficina central de su empresa. Cáncer de pulmón. Y había perdido a su esposa tres años atrás.

Ella recorrió el vestíbulo con la mirada. Allí estaban los hijos de Sander y también su nieta, quien había ido a visitarlo con frecuencia, e incluso en alguna ocasión se había quedado a dormir con él. Melena larga y dorada. Alumna de la Universidad de Copenhague. Una verdadera belleza.

Solo una cuestión le llamó la atención. Insólitamente, la persona que más tiempo había pasado junto a Vitus Sander durante sus últimas semanas de vida no estaba presente en su despedida: aquel hombre tan agradable que solía ir vestido con ropa de colores brillantes y deportivas blancas. Siempre

con deportivas blancas. Vitus Sander se había referido a él como a «un buen amigo...», pero los buenos amigos también van a las despedidas, ¿no?

Ella se había sentido más cerca del poderoso empresario que de ningún otro de sus pacientes.

En varias ocasiones, Sander le había pedido incluso que lo acompañara al jardín, de modo que ambos habían ido hasta un banco y se habían sentado a observar el fiordo. Él nunca le hablaba sobre su vida, pero mostraba un enorme interés por la de ella, y anhelaba que le explicara anécdotas de su infancia en la costa, y de cómo imaginaba su último viaje.

No hacía falta ser la hija de un pescador de Yborøn ni haber nacido con un sexto sentido que le permitía interpretar el humor del cielo, para reconocer los negros nubarrones que de vez en cuando oscurecían la vida de Vitus Sander. Pero eso acostumbraba a pasar cuando uno llegaba al final de su trayecto.

El sonriente hombre de las deportivas blancas ejerció siempre un efecto positivo en Sander. Pocos días después de su primera aparición, ella notó claramente el cambio. Le pareció como si el tipo —que si no recordaba mal se llamaba Rasmus— fuera un sacerdote errante que hubiese ofrecido al enfermo el sacramento de la reconciliación y lo hubiese absuelto de sus pecados.

Echaría de menos a aquel hombre bueno y poderoso, pero sabía que al día siguiente ya llegaría alguien nuevo: un viejo carpintero de Randers, en esa ocasión.

Para entonces, Vitus Sander ya estaría de camino a Vizcaya.

3

La ansiedad que le atravesaba el diafragma contrastaba sustancialmente con la paz del paisaje que lo rodeaba. Visto desde las altas murallas del castillo, Nyborg parecía un lugar magnífico.

Se sentó en su banco favorito del bastión de Dronningen, entre la torre de agua y los cuatro cañones rojos. Bajo el bastión se hallaba el foso, ancho y poderoso, con las pequeñas asignaciones en el borde. Si se daba la vuelta y miraba hacia atrás, obtenía una vista maravillosa de esa ciudad de la que había ido enamorándose cada vez más.

Todo era verde a su alrededor. No ese verde tierno de los primeros días de primavera, sino uno más oscuro, más típico de julio; el verde de cuando la naturaleza ya ha perdido parte de su frescura.

Se echó hacia atrás y cerró los ojos. El sol le acarició el rostro, pero él no sintió su calor. En lugar de eso, el miedo provocó que un escalofrío le recorriera la espalda. Aunque... ¿miedo? Había tenido miedo muchas veces en su vida –¿y quién no?–, pero nunca así. Nunca esa angustia penetrante que parecía a punto de convertirse en pánico y amenazaba con paralizarlo.

Si hubiera podido prever a tiempo las consecuencias de sus actos, no habría llegado tan lejos, y ahora estaría ahí,

tranquilamente, disfrutando de los rayos del sol. Pero ya era demasiado tarde. Ya no había vuelta atrás.

Miró hacia abajo, observó atentamente las puntas de sus Converse All Star blancas y movió los dedos de los pies, enfundados en las deportivas, como si quisiera confirmar que aún tenía el control sobre su sistema nervioso central. Llevaba Converse desde su época de universidad. Siempre blancas, siempre el modelo que le sujetaba el tobillo. Todavía podía oír a su querida tía, quien, pese a su formación académica y a sus treinta y ocho años, seguía espetándole: «Pero niño, ¿cuándo vas a comprarte otros zapatos?».

Algunos objetos son como la masilla: sirven para mantener unidas las piezas de la vida. Pues bien, sus All Star blancas eran uno de esos objetos.

La capa helada de miedo que lo atenazaba no cabía entera en aquella muralla. ¿Sería así la presencia de la muerte? ¿Se habría formado ya el primer bloque de hielo en su interior, abriendo la puerta al pavor?

Había muchas personas distintas, con vidas distintas, reunidas en ese edificio junto al fiordo, en la sala de espera de la última estación de tren, en la que solo puede comprarse un tipo de billete.

En ese momento se sentía demasiado intimidado como para sopesar fríamente sus posibilidades. Si alguien sabía de oportunidades en esa ciudad era él..., pero ahora estaba paralizado.

Metió una mano en el bolsillo de la chaqueta y palpó su interior. El paquete de 15.000 coronas seguía allí, esperando a ser utilizado.

Diez cupones con la propuesta matemática para la lotería del miércoles y aproximadamente el mismo número para el sorteo danés del sábado, así como una serie de quinielas para

los partidos de fútbol semanales. Siempre con altas posibilidades de ganar. Siempre tres juegos con resultados finales sin ningún tipo de salvaguardia.

El fútbol era su pasión, pero el miedo había oscurecido la vieja sensación de satisfacción que había encontrado al cruzar los partidos correctos con las probabilidades correctas. Había sido así durante mucho tiempo.

En el camino desde la muralla hasta el supermercado Kvikly, se había notado las piernas débiles y temblorosas.

Ahora, la chica que estaba detrás del mostrador le dedicó una sonrisa algo tensa, y asintió mientras él empujaba hacia ella el fajo de cupones.

En aras de la discreción, distribuyó los partidos en diferentes días de la semana y en cuatro lugares distintos de la ciudad. Después de aquello anduvo todo el camino hasta la estación de tren y allí gastó sus últimas 7.000 coronas en quinielas y lotería extra.

Aquella fue su última apuesta. La diosa fortuna jamás había ido a visitarlo, pero ahora la necesitaba más que nunca en su vida.

4

El enorme abeto se quedó indeciso por un momento, y luego sacudió su encrespada copa y se rindió. No tuvo otra opción. Como una torre cuya base hubiese sido atacada y hecha saltar por los aires. Primero lentamente, y luego, de pronto, muy rápido. Se desplomó sobre el suelo del bosque y levantó una nube de polvo y arena.

Satisfecho, comprobó que el enorme tronco había caído justo en el lugar que había planeado. Ahora tenía que podarle las ramas, pero primero descansaría un rato. Apagó la motosierra y se quitó el casco.

Los anillos del tocón del árbol mostraban las huellas de un pasado impresionante. Los años habían ido acumulándose, uno tras otro, y cada anillo contaba una historia distinta sobre el paso del tiempo. Haber derribado aquel árbol tenía tan poco sentido... Aunque si algo había aprendido con los años que él mismo había ido acumulando, era precisamente que la mayoría de las cosas no tenían ningún sentido. Hasta los pocos anillos de los árboles más jóvenes e inocentes podían acabar brutalmente sesgados.

No existía la justicia. No, al menos, una que estuviera cuidadosamente controlada por el más alto juez. Solo existían las coincidencias.

Se sentó y sacó de su mochila la fiambarrera y el termo que siempre lo acompañaban en sus incursiones forestales. Mordió el bocadillo de embutido y se sirvió un poco de café humeante. El sol le calentaba el rostro. Solo un pajarillo, un arrendajo, rompía el silencio.

Su mirada vagó de nuevo hasta el poderoso tocón. El tiempo era una medida extraña... Aquella vez, en la casita blanca, el tiempo había sido un bien escaso. En otras circunstancias, disponer de poco tiempo podría haber significado un cierto riesgo, aunque disponer de demasiado también podría haberlo incitado a relajarse, o a cometer algún descuido, lo cual no era menos peligroso.

En los últimos años el tiempo había dejado de importarle. Su trascendencia había ido reduciéndose hasta volverse inexistente... y, sin embargo, con cada ciclo de doce meses que transcurría, aparecía un anillo nuevo e invisible en torno al anterior.

Pero aquí y ahora no tenía ni el más mínimo sentido de la temporalidad. Que fueran las nueve o las cinco le resultaba completamente indiferente. Que fuera lunes o sábado le era absolutamente igual. Y de no haber sido por los cambios de estación, que tanto le gustaban, también los meses le habrían resultado irrelevantes.

Pero ahora era julio, estaban en pleno verano, y había pasado más de medio año desde que conoció a Johannes Ottesen (o «Fisk», como a él le gustaba que lo llamaran, porque «todos lo hacían»).

Seguía sin tener claro si había estado en el lugar y el momento equivocados o justo lo contrario, pero sobre lo que no tenía ninguna duda era que ayudar a Johannes Fisk en la noche de Fin de Año le había abierto de pronto todo un abanico de posibilidades. Por eso ya no estaba en la carretera. Por eso estaba ahí sentado, en el bosque.

Fisk tenía setenta y cuatro años, era demasiado viejo y estaba demasiado cansado y aquejado por la gota como para ocuparse él solo de su pequeña piscifactoría. Pero no sabía hacer otra cosa que no fuera trabajar para ganarse el pan.

Ya en la víspera de Año Nuevo, Fisk le había propuesto, en un inglés bastante torpe, que se quedara unos días más con él. Que comiera bien, que durmiera en una cama, y, tal vez, que le ayudara con el tema de la piscifactoría. Y así quedó la cosa.

Dos semanas después, Oxen se instaló en la casa que años atrás había pertenecido al asistente de Fisk. Estaba prácticamente en ruinas pero él había logrado repararla hasta volverla habitable. Según Fisk la casa llevaba vacía trece años; es decir, desde que tuvo que despedir a su asistente porque ya no tenía dinero para dos salarios.

La casa se hallaba en un pequeño claro, al borde de un amplio bosque de abetos, a medio kilómetro de la piscifactoría. Fisk la había construido hacía ya muchos años con piedras y bloques de hormigón. Sala de estar, cocina y baño en la planta baja, dormitorio y trastero en la superior. El techo estaba compuesto de placas de uralita, algo inestables y cubiertas de musgo.

Oxen se levantaba cada día a las seis y realizaba su cometido en el estanque de las truchas. El resto del tiempo lo dedicaba a labores forestales.

Con el paso de los años, Fisk había ido descuidando su bosque. Allí había trabajo por lo menos para un año entero. La verdad es que no sabía cuánto tiempo se quedaría con aquel hombre anciano y amable, pero...

El ruido de un motor acercándose por el camino de tierra lo sacó de su ensimismamiento. Concentrado, fijó la vista en el lugar en el que, en cualquier momento, aparecería un automóvil entre los árboles. Cogió su pistola, una estupenda Neuhausen que siempre tenía a punto, cargada y al alcance

de la mano, y... sí, ahí estaba: un vehículo rojo. Fisk en su vieja furgoneta. Dudó un momento, pues también había alguien en el asiento del copiloto, pero al final metió el arma de nuevo en su mochila... aunque con la mano derecha bien cerca, eso sí. Al fin y al cabo, Fisk nunca iba acompañado.

–Ahí está. Parece que está haciendo un descanso para desayunar. Seguro que se lo ha ganado. Trabaja como una mula. Mira, acaba de derribar el abeto gigante.

Johannes Fisk apartó una mano del volante para señalar la figura solitaria que estaba sentada sobre el tocón.

–¿Y cómo has dicho que se llama? –preguntó el hombre que iba en el asiento del pasajero.

–Dragos... Pero no me preguntes su nombre de pila, porque lo he olvidado.

–¿Dragos? ¿De Rumanía?

–Sí.

–Como Drácula.

–¿Por qué dices eso?

–Porque Drácula también era de Rumanía, Fisk. No sé mucho más, pero eso sí: Dragos o Drácula.

–Deja que te diga algo, Bette: Dragos es un tipo legal.

–¿Quién es y por qué está aquí?

–Pues no es más que un rumano con una motosierra.

Johannes Fisk titubeó un momento mientras frenaba y maniobraba con su furgoneta entre los árboles.

–¿Sabes guardar un secreto, Bette Mathiessen? –preguntó al fin.

El hombre que estaba a su lado lanzó un profundo suspiro. Era casi tan corpulento como esos luchadores de sumo japoneses que en sus peleas no llevan más que un pañal blanco para mantener a resguardo sus partes íntimas.

–Sí, ya lo sabes.

–Dragos me salvó la vida. Pero ni una palabra al respecto, ¿oyes? No quiero tirar del hilo, y él tampoco quiere.

Mathiessen sacudió la cabeza lentamente.

–Bueno, pues fue durante la Nochevieja... Yo llevaba un rato ya en la cama, ya sabes, estaba solo en casa, como siempre...

Johannes Fisk explicó a su amigo toda la historia de lo que le sucedió en Fin de Año, y solo después de acabarla, sacó la llave del motor y salió del coche. El último tramo tendrían que hacerlo a pie.

–No me lo puedo creer –dijo Mathiessen–. En serio, no doy crédito. ¿Un hombre solo? ¿Y se pulió a dos ladrones como si nada?

Fisk asintió y salió del coche.

–¿Y desde entonces está aquí?

El anciano asintió una vez más, mientras Mathiessen levantaba con esfuerzo su enorme cuerpo del asiento, provocando que la carrocería lanzara un crujido de alivio.

–¿No tiene esposa? ¿Ni hijos? ¿Nadie ha venido a visitarlo? ¿Qué hace en su tiempo libre? Pero qué diablos... ¡si lleva una cola de caballo!

Mathiessen no podía dejar de mirar la figura que estaba de pie junto al tocón del árbol.

–¿En su tiempo libre? Él nunca descansa. –Fisk soltó una risita–. En alguna ocasión le he preguntado si quería ir conmigo a Brande o a Herning, pero nada. Ni siquiera a Skarrild. Prefiere quedarse aquí, y yo le compro todo lo que necesita. No, espera, en realidad sí ha tenido tres días de descanso, ahora que lo pienso. La primera vez tomó prestado mi coche, porque quiso ir a comprar no sé qué material para su casa. Las otras dos, lo llevé yo a Brande en una de mis viejas canoas y lo recogí de nuevo en Sønder Felding. Dice que le encanta estar en el río. Y le gusta pescar. Y no, me ha dicho que no

tiene ni esposa ni hijos. Vamos, Bette, vamos a saludarlo. Te prometo que no te morderá...

–*Hello, Dragos! How are you?* –dijo, levantando una mano y saludando a su salvador.

El hombre que iba detrás de Fisk era tan alto y grande que le hizo pensar en un zepelín con piernas. Además, no parecía nada satisfecho de andar por el irregular suelo del bosque.

Ya hacía rato que había retirado la mano de la mochila en la que estaba su pistola. El colega de Fisk era obviamente inofensivo, a pesar de su volumen, pero le daba una pereza enorme tener que saludar a un desconocido. En su mundo ideal solo estaban Fisk y él, y nadie más. Nadie que supiera de su existencia como asistente del viejo piscicultor. ¿Por qué demonios había tenido que traer el anciano a esa montaña de carne sudorosa?

Levantó la mano y devolvió el saludo. Hacía solo unos minutos le había parecido todo tan maravilloso... tan tranquilo y silencioso... Y ahora tenía que desenterrar su mejor acento rumano. No es que le supusiera un problema –a esas alturas ya se había acostumbrado–, pero es que prefería estar solo.

–*Hello, Dragos, meet my good friend Mathiessen.*

Él sonrió y saludó al gigante inclinando la cabeza.

–*Beer?* –preguntó el hombre, metiendo las manos en los bolsillos de su chaqueta y sacando tres latas de cervezas.

–*No, thanks.*

Sacudió la cabeza. A esas horas del día el alcohol te volvía torpe y lento.

Johannes Fisk estaba allí de pie, pasando el peso de su cuerpo de un pie al otro, como hacía siempre que buscaba las palabras adecuadas para entablar una conversación algo más profunda, que fuera más allá de unas pocas frases cortas.

*–You see, Dragos, I'm going to Brugsen... to buy things...
Do you want anything?*

Él asintió lentamente. La verdad es que le vendrían bien algunas cosas. Y era mucho mejor hablar de eso en aquel momento que tener que esperar a que Fisk fuera a su casa. Prefería que no lo hiciera. No porque hubiera algo en él que no le gustara (al contrario, se trataba de una persona maravillosa), sino simplemente porque había demasiadas cosas que prefería que el viejo no supiese. Por eso, nunca lo había invitado a entrar.